

## CONSECUENCIA



Siempre me ha chocado que gentes que proclaman la consecuencia en el juicio, y que presumen de regir por la lógica su raciocinio, se indignen de los atentados anarquistas y los execren y hallen defendible la guerra y cosa noble y digna de alabanzas las glorias militares. No se me alcanza en qué sean menos criminales los homicidios que hacían cometer el duque de Alba, ó Napoleón, ó Weyler, ó Polavieja, ó los que ahora mismo hace cometer lord Kitchener, de los que Caserio, Angiolillo ó Gzolgows han cometido.

Ya sé que esta proposición escandaliza y pone fuera de sí á mucha gente, y que declaran peligroso y protervo, cuando no loco de remate, á quien la enuncie, aunque el tal condene, como yo condeno, todo homicidio.

En última instancia, y á falta de otras razones, encógense de hombros exclamando: ¡sofiador! Reclamo para mí tan honroso título, pues prefiero soñar cosas buenas, á pensar cosas malas, si es que aquí cabe lo de bueno y malo.

Pero en el fondo de esa indignación, como de la casi totalidad de las indignaciones, hay otra cosa, y es que los indignados reconocen en su fuero interno, cuando á solas se hallan, la verdad de aquel mismo principio por cuya enunciación se indignan. No lo puedo remediar, apenas hay indignación que no me parezca, por lo insincera, cómica.

Y viniendo al punto de que quiero tratar en estas líneas, he de repetir que no se me alcanza la diferencia moral entre unos y otros homicidios.

Hay establecida y corriente una moral que, buena ó mala, quiero decir conducente ó no á la mayor felicidad y cultura de la especie humana, es la que rige los juicios que de la conducta de nuestros prójimos nos formamos, ya que no rija siempre, ni mucho menos, nuestra propia conducta. En el fondo de nuestra moral palpita la tan conocida fórmula de «haz lo que digo y no lo que hago»; tenemos dos morales: la que ha de observar el prójimo para con nosotros y la que hemos de observar para con él. Pero sea de esto lo que fuere, el hecho es que con esa moral se ha amasado nuestra conciencia y circula en las más de nuestras concepciones. Ahora bien, lo que es de desear es que la moral *esa*, no otra, sea *perfecta*; quiero decir, acabada, que sea coherente y congruente, que sus partes todas se eslabonen y concuerden bien, que no contenga contradicciones íntimas. Porque esto es lo que constituye la perfección de un organismo, de un individuo, de una sociedad, de una doctrina. Si un escritor, verbigracia, no sabe concordar las contradicciones entre sus distintas obras, podrá no ser un escritor perfecto, aunque perfectible, pero puede muy bien ser perfecta cada una de sus obras, perfecta una en un sentido, y perfecta otra en sentido contrario. Lo bueno, perfeccionándolo, se hace mejor, y lo malo, perfeccionándolo, deja de serlo. Con lo cual quiero decir que si á una

muchos vienen con nosotros de los que contra nosotros es-  
taban.

Harto difícil sería calcular el número de conversiones á la  
Anarquía causados por los horrores de Montjuich.

Las persecuciones contra los anarquistas de América sacu-  
den la idea como una llama que recorre el mundo desprendiendo  
á su paso infinitas chispas incendiarias.

Las mentiras de los polizontes, gente universalmente de-  
gradada, siempre en busca de complots que no existen, no re-  
tardarán un solo día, ni una hora, el derrumbamiento de las  
instituciones muertas, la muerte de la crueldad, de la miseria,  
del despotismo; los crímenes del viejo mundo están á punto de  
terminar; la época toca á su fin.

El tiempo volverá el reloj de arena al año nuevo. Que tarde  
un día, que tarde mil años, no importa; es preciso que, imitan-  
do el vuelo de las efímeras, caigan, para no levantarse jamás,  
los matadores que carolean sobre los pueblos, los hacendistas  
vampiros, los inquisidores feroces. Estamos en el crepúsculo  
vespertino del último día.

Y mientras llega ese fin de año, los *United peoples* del Sur de  
Africa se forman basados en la imposibilidad de que el ejér-  
cito regular de la vieja Inglaterra resista á un pueblo que  
quiere ser libre; y los trabajadores españoles se muestran inte-  
ligentes, fuertes y convencidos, sirviendo de ejemplo y de es-  
tímulo á sus compañeros de Europa y de América.

**Luisa Michel.**



Francisco Ruiz.



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES



doctrina errónea se la trabaja para hacerla coherente, expulsando de ella toda interna contradicción, acaba por mostrarse su error mucho más pronto y mucho mejor, que atacándola desde fuera y en nombre de otra doctrina. Es lo que piensan los que sostienen que la teología mata al dogma, y fundados en ello piden que se cultiven las teologías.

Desco, pues, que nuestra moral corriente se haga coherente y que expulsemos sus contradicciones todas interiores; porque así si es buena se hará mejor, y si es mala dejará de serlo; es decir, dejará de ser. Y me parece una grandísima contradicción esa de honrar á unos desinteresados matadores de hombres y execrar á otros.

Y digo *desinteresados*, por conformarme también á las nociones morales corrientes que parecen ver en el desinterés de la acción un criterio de su moralidad, por discutible que eso del desinterés sea. Condena la conciencia pública al que mata por robar y lucrarse con el robo y no al que mata por libertar á su patria de un malhechor, suponiendo así que el móvil más ó menos egoísta califica al acto. El general que dirige una campaña, suponemos piadosamente pensando, y ¡tan piadosamente!, que hace matar, no por adquirir ascensos ó gloria, sino por servir al que se dice ser el bien ó el honor de su patria. Y el anarquista que mata, hemos de suponer, según el mismo criterio, y pensando también piadosamente, que no lo hace porque su nombre corra por los periódicos y se grabe en las memorias, ni por cierto prurito teatral, sino porque cree servir con ello al bien de la humanidad. ¿Que se equivoca? Y el general, ¿no se equivoca también?

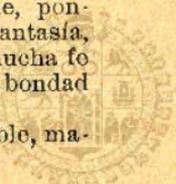
En todo caso, es una guerra la que tiene declarada á los poderes públicos y á los que los ejercen el anarquismo que llamaremos de acción, homicida, y hay que aplicarle el mismo criterio moral que á las demás guerras aplicamos. ¿Qué es una guerra inmoral? ¿Es que hay guerras morales acaso?

Tiene gracia que no se execre los horrores de la *reconcentración* de niños y mujeres ó los de un bombardeo, como se execran los de un atentado anarquista que produzca víctimas inocentes. (Dobo decir aquí, entre paréntesis, que, para mi conciencia moral, toda víctima es inocente, y que eso que se llama inocencia ó culpabilidad de la víctima no me mueve á distinguir de la moralidad del sacrificio.)

Si se declara hasta santo el matar en nombre de una fe, ¿por qué ha de execrarse el que en nombre de otra fe se mate? Y, la verdad sea dicha, conozco pocas pinturas más hermosas y más atrayentes de la sociedad futura que la que los anarquistas hacen, y pocas fes tampoco como la fe de éstos.

Porque el anarquismo vive de fe y de fe, en su sentido tradicional y corriente. *La conquista del pan*, de Kropotkine, pongo por caso, es un libro de fe y de lozana y fresca fantasía, porque en cuanto á ciencia... francamente, hace falta mucha fe para tomar todo aquello por ciencia. Todo aquello de la bondad radical de las muchedumbres es... muy bonito.

En nombre de un ideal, y de un ideal levantado y noble, ma-



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS USALES

152/330



tan, ¿por qué, pues, se les execra cuando se rinde honores á otros que en nombre de ideales mataron? Es el modo de hacerlo, se me dirá, y me lo dirán los mismos que dicen «en la guerra como en la guerra» y que no se hace ésta con confites. Y, sobre todo, la dinamita no es invención del anarquismo, y cada luchador se sirve de las armas de su tiempo y de su país. Además, ahora se sirven del puñal ó del revólver.

«Son inútiles tales homicidios», dicen algunos, y añaden otros: «son contraproducentes.» ¡Cuánto habría que decir de esto! Y ¿no hay acaso guerras inútiles, y peor que inútiles, dañinas, á las que va uno de los combatientes con la casi seguridad de la derrota? Tengamos aquí aquello de que se pelea por el honor. Y los anarquistas ¿no han de tener, á su manera, su honor, llámenle como le llamen? Lo de contraproducente es una solemne tontería y nada más. Si hay muchos ya que se han puesto á estudiar los problemas sociales, y si hay gobiernos que preparan medidas para el mejoramiento de la clase obrera, y si la burguesía temple sus exigencias mientras aparenta recalcarlas, se debe en gran parte á esos actos de fuerza. Que si llegan mendigos á tu puerta y los despiden con cajas destempladas, y un día uno se carga y te tira la puerta y te arma una escandaleira y te disloca un brazo de un garrotazo, le echarás á puntapiés por las escaleras abajo, pero serás más blando en adelante con los que te vengán á llamar, por si acaso.

De la acusación de cobardía, más vale callar; tan necia es.

Y si alguien leyendo esto supusiera que allá por debajo es una apología del homicidio, con su pan se lo coma el tan torpe lector. Sólo descos que seamos consecuentes en nuestras apreciaciones morales y que no apliquemos dos medidas, viendo la paja en el ojo ajeno mientras no vemos la viga en el propio.

Porque esas guerras pasadas que declaran muchos justas y hasta gloriosas y la guerra que hace aún poco pedían muchos á voz en grito, son vigas, y vigas pesadísimas, junto á la paja de los atentados anarquistas. Mucho valía Cánovas, injustamente sacrificado, pero no valía más que las víctimas todas de las guerras de Cuba y Filipinas, injustamente sacrificadas también con la connivencia del mismo Cánovas y por voluntad suya en gran parte.

Repugna á mi conciencia moral todo homicidio, pero no me parecen los más repugnantes los que por tales se tienen.

**Miguel de Unamuno.**



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA  
GRADOS USALES